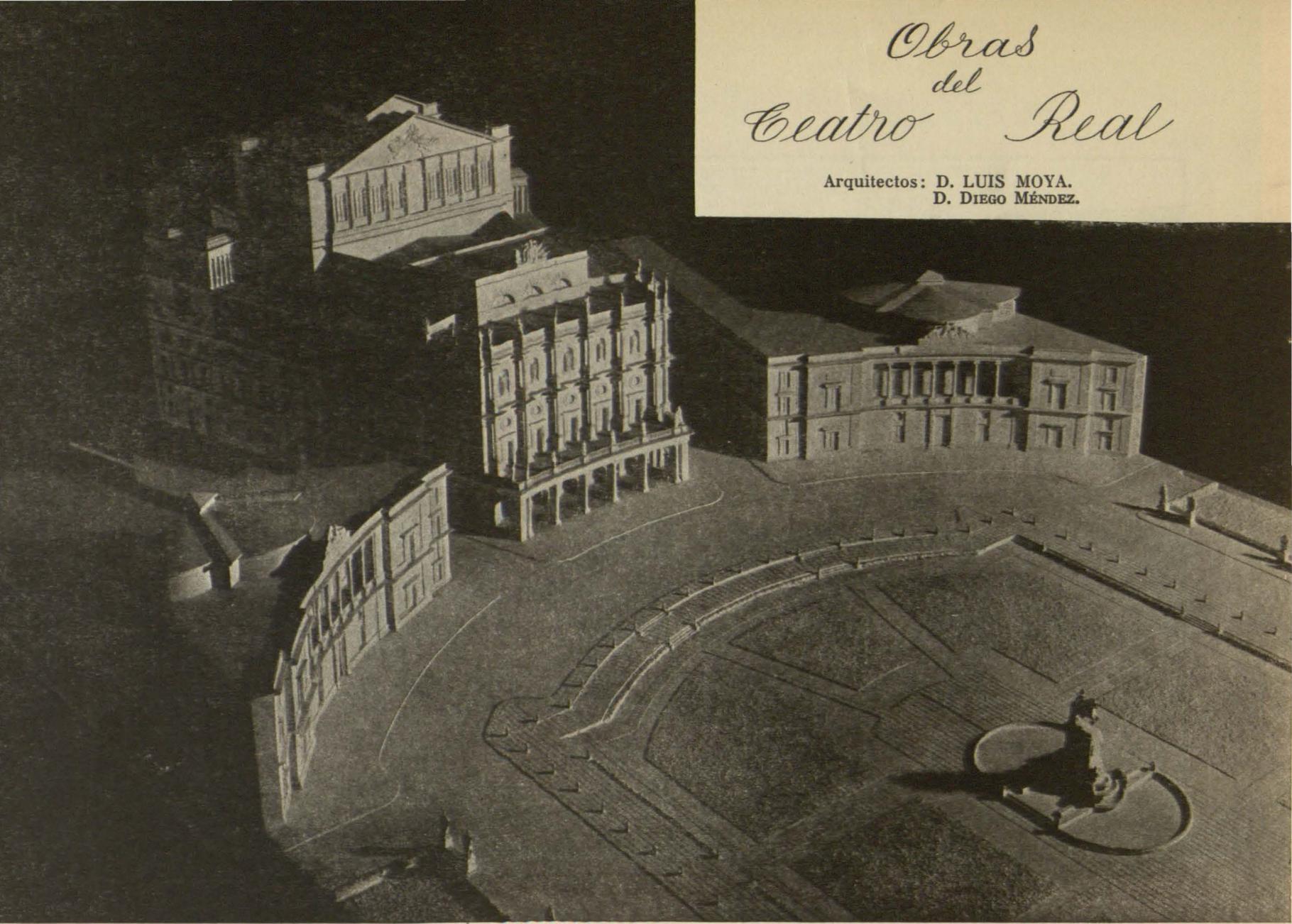


Obras del Teatro Real

Arquitectos: D. LUIS MOYA.
D. DIEGO MÉNDEZ.



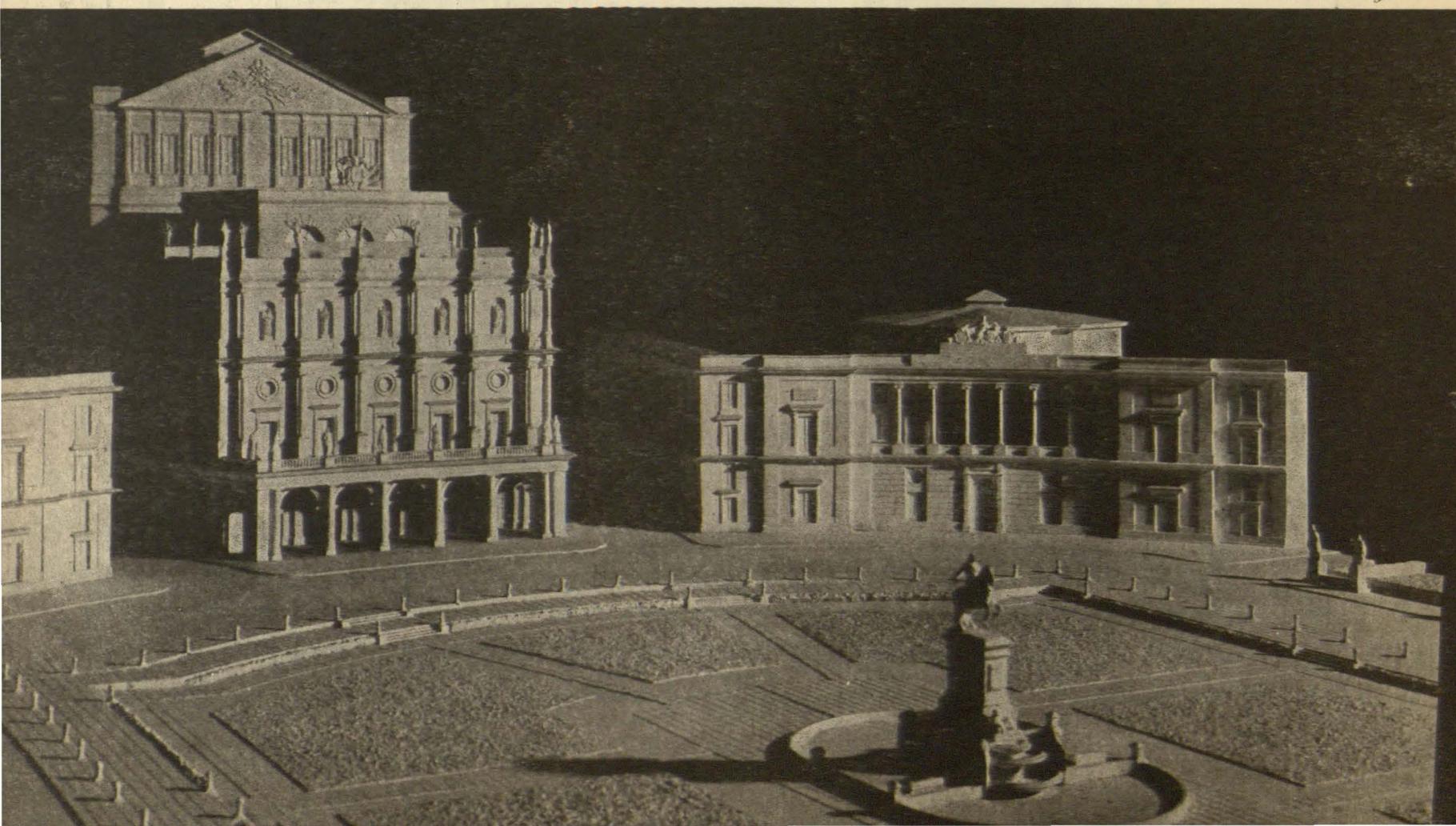
El Teatro Real acusó una determinada ruina en 1925, cuyo estudio condujo a dictamen técnico e informe, tras de los que ha decidido el Gobierno su reparación.

Se inician las obras en 1926 con arreglo a planos que sufrieron revisión

en 1929, adoptándose entonces otros, que alteró una disposición de la República en 1931, ocasionando nuevas obras que paralizó una decisión de Consejo de Ministros en el invierno de 1932.

Tras diez años de absoluto abandono,

no, en que ha sido depósito del polvorín de Retamares, sufriendo las consecuencias de una explosión, se recibió orden de estudiar una fórmula de terminación de las obras, con ajuste a un criterio de mínimo y máximo aprovechamiento; llevándose a cabo



este trabajo en una colaboración de los Arquitectos D. Luis Moya Blanco y D. Diego Méndez González, dentro de los términos estrictos en que el tema fuera planteado.

FISONOMIAS QUE CADUCAN

La plaza de Oriente —como otros muchos parajes de Madrid— no acababa de constituir una estampa urbana. Los rudos príncipes de piedra, girando en un "tióvivo" de umbrias descuidadas, traspasados de vientos, campos y celajes, velaban, sin embargo, el secreto de la profunda armonía de España, que parece ¡tantas veces! desgana solitaria y augusta. El ruído de príncipes de piedra marchaba a tenor de la estatua de Felipe IV, a impulsos de ese soplo sutil que llena los lienzos de Velázquez. Tal zarabanda de reyes, alrededor de un astro-rey que empuña cetro solar, era como una postrer representación del heliocentrismo revalidado por Galileo. (No en balde es fama que resolviera Galileo el problema de la estabilidad del caballo, macizando las ancas y las patas y dejando las manos hueras, solución cuyo genial simplismo ha querido —como a Colón el huevo— la tradición atribuirle.) En cuanto a los reyes del "tióvivo", los chicos creíamos que habían de ser así, en la realidad, aparatosos, berroqueños y de serie, y todos parecidos... Sembrados por otros parques y jardines, compusieron el cuadro de una realza grave, deforme y estafalaria que aparecía entre los árboles manchada de agua y de verdín. La plaza era de una frugal hermosura, mitad histórica (teatro, palacio, estatuas) y mitad geográfica. Los derribos de Caballerizas habían acumulado más cielo y tierra sobre la anchura de su espacio.

No acababa, no, de constituir una estampa urbana, por fortuna, para el regalo de nuestros ojos. "Estando en Madrid —había dicho un visitante extranjero—, recuerdo siempre a Karakorum, el Tusculum de Genghis Khan: la ciudad está rodeada de un paisaje que tiene la rudeza, magnificencia y amplitud del Asia Central". Otro viajero, y éste español, aunque el libro a que hacemos referencia sea una "Vie de Goya", publicada en francés, oye una noche "au fond lointain de l'avenue qui aboutit presque au Palais Ro-

yal" un sordo rumor que se aproxima. "Por más que se distinguen, a lo lejos, gritos guturales y estridentes silbidos, no es un rumor humano, solamente." "Un rebaño avanza seguido de otro rebaño y de un tropel interminable de rebaños. Caminan custodiados por sus pastores-jefes y sus pastores-ayudantes, por sus mayores de a caballo, sus guardas y sus perros. Algunos carricoches abren paso a la retaguardia, al grueso de las fuerzas de dos y de cuatro pies. Esa masa de vida trashumante y campestre, circulando, al amparo de la noche, por el corazón de la moderna ciudad, y la medida administrativa que constituye el proclamar "camino de cañada", sin el menor obstáculo de urbanismo, las calles que hacen falta, aporta una nueva confirmación a la dualidad de significados de Madrid: es una capital, pero también una majada; "castillo famoso", como es fama; pero, más profundamente, cabeza de un imperio de pastoreo..., etc., etc."

Hace cerca de un siglo que un viajero expertísimo en el arte de andar y ver y tan amante de España como poco conocido de los españoles, Charles Mazade, observaba "la ahincada permanencia de una reserva rústica en cualquier ciudad española, que no es sino reflejo de esa reserva esencial de la naturaleza hispánica a cuyo remanente acudirá Europa un día, agotada su originalidad vital, gastada y vacilante."

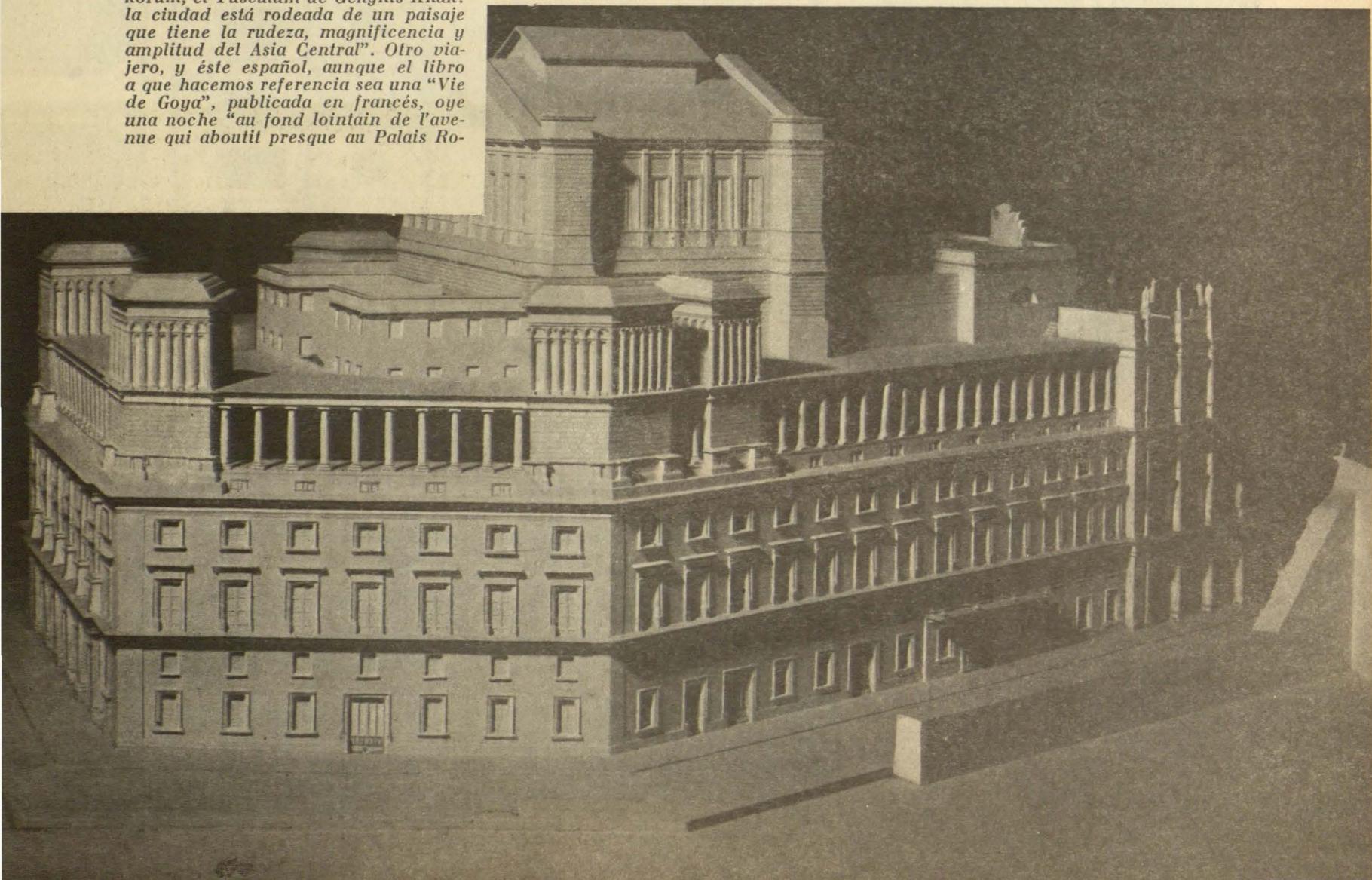
Sería una arbitraria posición ruskiana, abogar —lo reconocemos— por el estacionamiento urbano de Madrid, por la maleza de sus árboles reptantes, sofocando edificios y estatuas y disolviendo ángulos y perspectivas con sus masas vegetales, por sus alineamientos tortuosos y sus topografías pintorescas... ¡Pero resultaban tan oportunas y graciosas —y no puestas allí a humo de pajas— las acacias de Chamberí! No dejaban ver los edifi-

cios; ¡pero són, por desgracia, tantos los edificios de Madrid que ganan cuando se pierden de vista! ¡Cuántas plazas del centro de la Villa, cuyas modestas construcciones se ocultaban pudorosamente tras una cortina de verdor, ahora, descaradas en el espacio de una hermosa tonja, se llenan de rubor y piensan que no han venido a este mundo a ser palacios italianos!

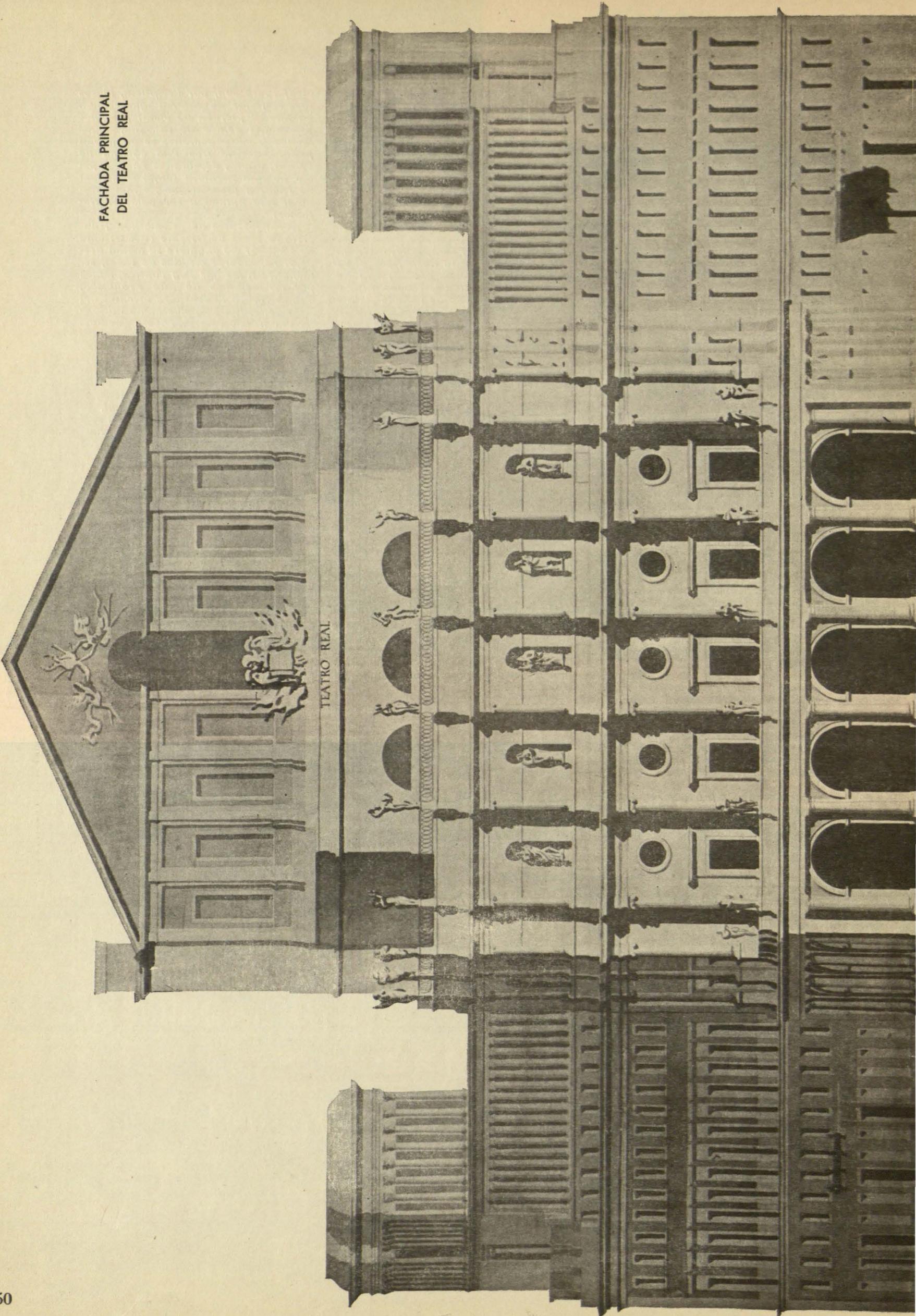
Hasta los días de la invasión francesa, la plaza de Oriente (del Oriente de Palacio) no adquiere su actual despejo. Verdaderas oleadas de casas, semejantes a las que hoy contemplamos por los aledaños de San Francisco, batían contra la escollera oriental del edificio. José Bonaparte mandó demoler el apiñado caserío. Dícese que buscó despegarse, cautelosamente, del airado vecindario, a cuyo efecto hizo subsistir los escombros de los derribos, dificultando el tránsito por aquellos lugares. Cayeron los conventos de Santa Clara, San Gil, la Biblioteca, el templo parroquial de San Juan, el huerto de la Priora y cincuenta y seis casas más. Durante treinta años, hasta 1841, se acumularon los escombros en el ensanche oriental de Palacio, hasta que Argüelles y Martín de los Heros pusieron manos a la obra de la plaza de Oriente.

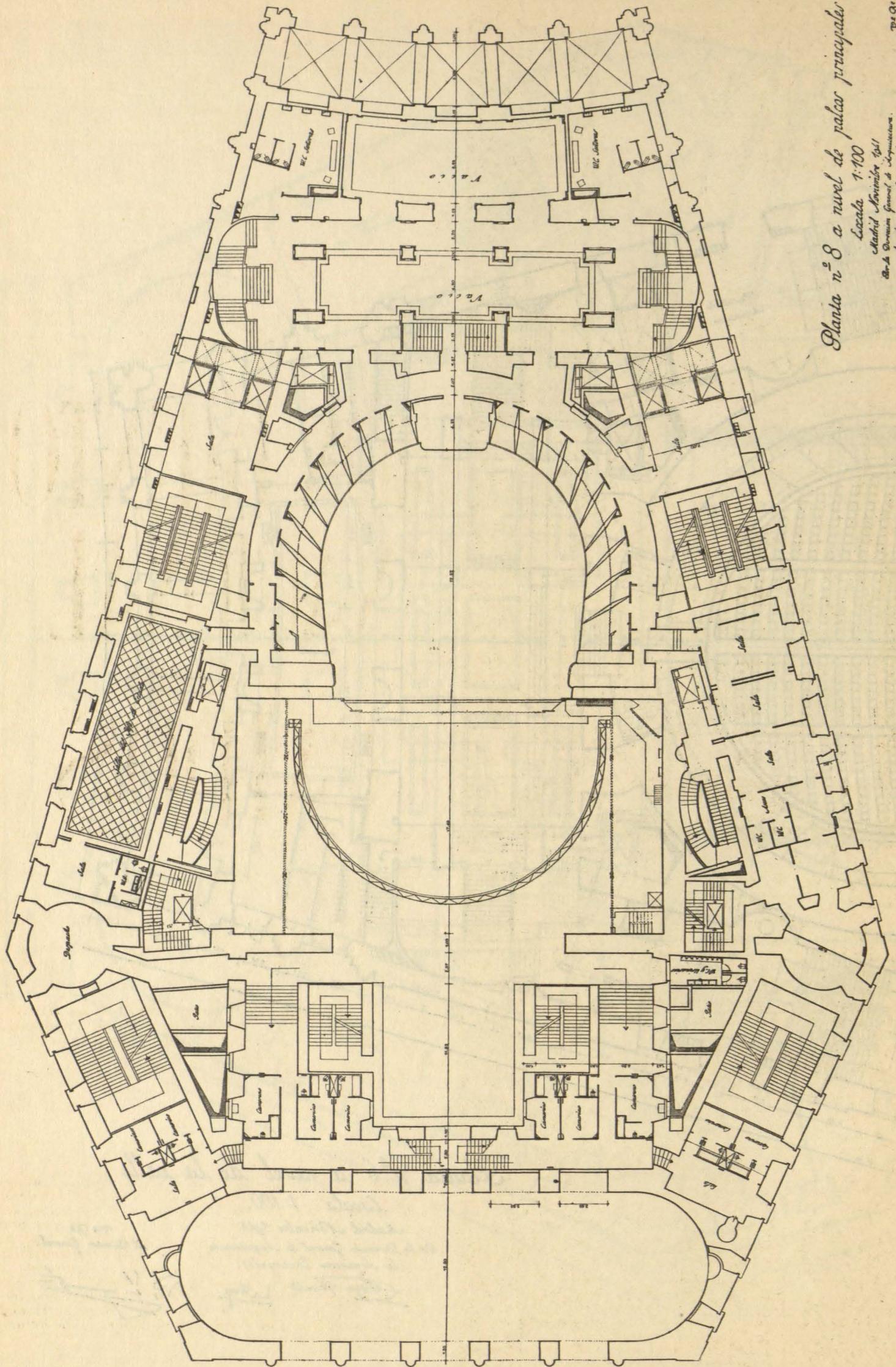
Con las obras últimamente iniciadas, el proceso de urbanización de esta plaza, proceso ya secular, alcanzará una realización definitiva. La maqueta que hay expuesta en el Palacio de Cristal del Retiro nos anticipa el vislumbre del panorama advenidero. Será hermosísimo. Casi perfecto. Un triunfo más de la corte sobre el cortijo en el ámbito de Madrid, que es las dos cosas. Mas algunos sentirán la nostalgia de la fase anterior de la penúltima moda, la moda romántica, que tan española fué y tan madrileña. Y tan imperial, sobre todo.

(De Arriba.)



FACHADA PRINCIPAL
DEL TEATRO REAL





Planşa nr 8 a nivel de palcos principal

Locala 1:100

Statul Românesc
 Direcția Generală de Administrație
 de Construcții București

7/12/21
 de Director General
[Signature]

[Signature]
 L. M. Pop